

rostro, no obstante la deformidad de su nariz ancha y quebrada, la delgadez extrema de sus labios y la extraordinaria anchura de sus mejillas. En resolución, no exhalaba ya aquel husmillo insoportable que provocaba á nauseas, ni se deleitaba con el hedor del estiércol, de las raeduras de cuerno y de otras cosas semejantes ó peores, yendo, como iba, á toda hora, sahumado y ungido con ungüentos y esencias de azahar y rosas.

Las primeras que repararon en este súbito cambio del Infante, fueron las dueñas y damas de la corte, con las cuales se mostraba ahora tan afable y cortés, como uraño, retraído y záfio había sido antes. Nada; estaba visto, lo que las hermosuras cortesanas no habían podido lograr, lo habían alcanzado los hechizos de la gran princesa de Tartaria. Tal era también el sentir de sus Altezas al ver los extremos de su hijo con Zoraida, su solicitud y afán en atenderla y servirla y su complacencia en darla compañía siempre y cuando la ocasión se le ofrecía.

Pero este anhelo del Infante por ganarse la voluntad de la princesa ¿era acaso correspon-

dido?. Juzgando sus amorosísimos padres de las disposiciones de la ilustre dama por la amabilidad que mostraba á su hijo, su platicar con él en las cosas generales, en las que todos reconocían al Infante agudo y sutil ingenio, y los encomios que hacía de su habilidad y gracia en tañer y cantar, pensaban regocijados no estar lejano el venturoso día de ver cumplidas sus esperanzas. Pero como transcurriese el tiempo sin que la princesa significara su voluntad, atribuyendo esta reserva á la natural cortedad que impone el pudor á las doncellas, mayormente á las de su alta estirpe y jerarquía, resolvieron sus Altezas allanarle el camino, aprovechando la primera ocasión propicia.

No tardó, por cierto, en presentarse, pues al siguiente día de este acuerdo, encontrándose sus Altezas de regreso de la catedral en la cámara regia con Zoraida y el santo obispo de Burgos, que había oficiado de pontifical, como se hiciera conversación sobre la sublimidad y grandeza del culto católico y encareciera el rey D. Juan el recogimiento y piedad de la princesa y lo instruída que pare-

cía estar en las ceremonias y prácticas de la Iglesia, le dijo la reina D.^a María: ¿Cuándo será ¡oh amadísima hija mía! que se vean cumplidos nuestros anhelos?

—¿Cuándo, señora? respondió con voz dulcísima y más hermosa que nunca Zoraida. Con la gracia de Dios, y el beneplácito de vuestras Altezas no quiero que pase mañana sin recibir las regeneradoras aguas del bautismo para unirme luego en indisoluble y eterno lazo de amor con aquel que he elegido por esposo. El efecto producido por la respuesta de la princesa no es para descrito. El corazón de sus Altezas saltaba de alborozo y abundantes lágrimas corrían dulcemente por sus mejillas. El reverendo obispo de Burgos, consejero y maestro espiritual de la noble doncella, desde que pisó tierra de Arévalo, y principal factor de su conversión, lloraba también de júbilo.

En un pensamiento aquellos católicos monarcas, al ver á la princesa, interiormente se decían: mañana será cristiana y pasado, hija y heredera nuestra en el trono de Castilla; porque ¿qué otro, que no sea nuestro hijo,

puede ser el galán que ha elegido por esposo? Con todo esto, quedándoles aun una como sombra de recelo, dijo el rey á Zoraida: día será el de mañana, Señora, el más próspero y feliz de mi reinado. Y como con visibles muestras de turbación y la voz añudada en la garganta, temeroso de un desengaño, la interrogara tímidamente el rey sobre quien era el mortal venturoso que había logrado llagarla el corazón, le contestó humildemente la princesa: Cierto, llagado lo tengo y de herida de amor; pero el amor que yo siento, no es amor de nada de este mundo, sino el que funde en el alma la misericordiosa mano de Cristo, fuente inagotable y perenne de toda perfección, prototipo y dechado de toda nobleza, en cuya comparación y cotejo, cuanto alumbraba y reluce en los cielos y en la tierra es pálido vestigio, huella y rastro suyo. Á Él, resplandor de la luz eterna, sabiduría del Padre, hijo de Dios vivo, que por obra del Espíritu Santo vistió vestidura de carne en las entrañas purísimas de Lela Marien para redimirnos á todos; á Él, espejo de la continencia, flor de la virginidad, el más hermoso y gentil

entre los hijos de los hombres, á Él y solo á Él quiero yo por esposo.

En aquel momento resplandeció de tal suerte el rostro de la princesa, que más que rostro de criatura mortal, parecía el rostro de un ángel.

Aunque este discurso, dejó descuajados al pronto á sus Altezas, viendo en la resolución de la princesa la gracia del Señor, acataron humildemente su voluntad adorable y con toda la efusión de sus nobles corazones la felicitaron y aun la abrazaron una y muchas veces con marcadas muestras de regocijado afecto.

Momentos después la noticia de la conversión de Zoraida era pública en toda la corte.

En la mañana del siguiente día tuvo lugar en la Catedral con inmensa concurrencia el acto solemne de la administración del santo bautismo á Zoraida, Mundasaga y Dilcoltagana. Fué ministro del sacramento el santo obispo de Burgos, y padrinos sus Altezas, el rey D. Juan y la reina D.^a María, cuyo sacratísimo nombre le fué puesto á petición suya á la princesa y respectivamente los de

D.^a Elvira y D.^a Sol á sus damas, en memoria de las hijas del Cid.

Terminada la ceremonia, á la que no asistió el infante D. Enrique por haberse ido aquella madrugada al campo, se cantó por todo el clero de la ciudad el *Te-Deum Laudamus*.

En la noche de aquel día llamó Zoraida á su ayo Jamelique y, después de conversar largamente con él, le hizo entrega de una carta para sus padres, el sultán Xah Roj y la sultana Hausada, en que les pedía la bendición, encargándole regresara cuanto antes á Tartaria á darles menuda cuenta de lo ocurrido. Esta carta, de que le dió lectura la princesa con gran serenidad y entereza de ánimo, arrancó al mirasa abundantes lágrimas.

Ocho días después tomaban Zoraida y Mundasaga el hábito de novicias en el Monasterio de las Huelgas.

EPÍLOGO.

I.

Poco después de este fausto suceso, que llenó de júbilo á la cristiandad, y en cumplimiento de lo que le había ordenado la princesa, salió Jamelique para Sevilla, en cuyo puerto se hizo á la vela con rumbo al Oriente. Fuera de dos ó tres, á quienes el rey D. Juan retuvo á su lado, dándoles pingües heredamientos, los demás caballeros tártaros acompañaron al mirasa. No quiso el cielo que llegase el legado á su destino, ni que los venturosos padres de Zoraida recibiesen la carta conmovedora de su excelsa hija y otra del monarca de Castilla para el sultán Xah Roj, pues tras larga y penosísima navegación, quiso su mala suerte que á la vista de Trapisonda les sorprendiera una furiosa borrasca que estrelló la ya averiada flo-

tilla en los bajíos y arrecifes de la costa, logrando muy pocos de los tripulantes escapar con vida. Para colmo de desdichas asolaba la ciudad por aquellos días la peste, que dicen el bubon, de la cual se vió en mal hora inficionado el mirasa Jamelique con otros caballeros de su séquito, y aunque recobró la salud, no fué sino después de muchos meses de enfermedad y de larga y penosa convalecencia. Y no pararon aquí sus cuitas, pues no era pasado un mes desde su salida de Trapisonda, cuando él y dos caballeros tártaros, únicos que le habían quedado de su comitiva, se vieron asaltados en unos yermos y despoblados por una taifa de ladrones, los cuales, después de robarlos y maltratarlos cruelmente, los redujeron á cautiverio. En él, sufriendo muchas penalidades y trabajos, estuvo el mirasa Jamelique obra de dos años, al cabo de los cuales apiadóse el Señor de su triste estado y abaiada fortuna. Y fué que habiendo caído enfermo de muerte el jeque de aquella horda de monfies, dióle la salud el mirasa con una de las yerbas medicinales que aconseja Dioscórides para las calenturas malignas.

Horro de servidumbre por este servicio, pidió al jeque con grandes instancias la libertad de sus compañeros; pero por más que hizo, suplicó y lloró, nada pudo conseguir de aquel viejo avaro y sin entrañas. Pobre, desarrapado y enfermo, prosiguió el infeliz Jamelique su camino, sustentándose de las limosnas de las buenas almas. Por fin, postrado de cansancio y despeado, llegó á Alangoguzza, humilde zafería de tierra de Arsinga en la frontera del Chagatay. ¡Y ojalá no hubiera nunca llegado!, pues estando en la alhóndiga de aquella aldehuela, oyó contar á un mercader, que venía de Samarcanda, el destronamiento del emperador Xah Roj por el príncipe Olug Beg, su trágico fin y el desperdigamiento y ruina de todos los suyos. Estas tristes nuevas, que le arrancaron muchas y muy amargas lágrimas, le fueron confirmadas por unos trajinantes y arrogueas que arribaron á la alhóndiga en la siguiente mañana.

Certificado de la catástrofe, resolvió Jamelique desandar el camino andado y tomando lenguas sobre el que había de seguir para volver á Trapisonda por el más corto, logró lle-

gar á esta ciudad á los pocos días. Por fortuna suya al pisar el malecón del puerto dió con unos marineros genoveses que estaban terminando la carga de una carraca para hacerse á la vela, y como se acercara á ellos y les declarase su patria, dolidos de su miseria, lo recibieron á bordo. Arribado que fué á Génova, sus mismos bienhechores le proporcionaron pasaje en una fusta que partía para Barcelona, desde cuya ciudad marchó á Burgos, donde nadie, tan demudado le habían puesto los sufrimientos en los años que estuvo esclavo en Oriente, le hubiera conocido, á no haber dicho quien era.

Acompañado de Fray Lope Barrientos y del doncel Alvar Yañez, que tenía ya dos hijos de la hermosa Dilcoltagana, fué su primera diligencia ver al rey, inconsolable aun por la muerte de la reina D.^a María, acaecida meses después de su partida, y grandemente contrariado por la conducta de su hijo, el infante D. Enrique, engolfado de nuevo en su vida montañesa y agreste. Después de oír con vivísimo interés sus lastimosas aventuras y prevenirle que aplazara el visitar á Zoraida hasta que la

preparara el santo obispo de Burgos, le preguntó qué quería, á lo que contestó Jamelique que pasar el resto de su vida en un claustro.

Placióle al rey esta resolución, y como tuviese ya noticia el mirasa por Fray Lope y el doncel Alvar Yañez que, á petición del prelado de Ávila, había donado su Alteza á Juan Fortún el palacio misterioso del Bosque de los Mengues para fundar un cenobio, significóle su deseo de acabar en él sus días.

Algunos después de esta entrevista, cabalgando en cuartagos, llegaban al famoso alcázar á hora de ánimas el mirasa Jamelique, Fray Lope Barrientos y uno de sus familiares. Recibidos por el hermano portero, penetraron en el claustro á tiempo que, entonando salmos penitenciales con sendos blandones de cera amarilla en la mano y las cabezas cubiertas con las capuchas de sus hábitos, comenzaban á desfilarse por delante de ellos en dirección á la Iglesia uno tras otro, hasta dos docenas de monjes. Iba á la zaga de la procesión nocturna un anciano venerable, de luenga y poblada barba, en el que reconocieron sin dificultad al viejo escudero Juan

Fortún. Pero ¿quien sería el joven que, los ojos clavados en tierra, con paso lento y recogido y humilde talante caminaba á la cabecera? ¿Sería ilusión de sus sentidos? Al pasar frontero á ellos, se les escapó, sin poder conténerse, una exclamación de sorpresa. De no saber que había muerto, hubieran jurado ambos que bajo aquellos toscos sayales se ocultaba el bizarro caballero Tristan Aceja.

II.

Nunca pudo olvidar el príncipe Abulhasan á la sin par Zoraida. En ella pensaba día y noche, á toda hora y en todo lugar. Sabía que se había hecho cristiana y profesado en el Monasterio de las Huelgas de Burgos.

Dada la situación cada vez más precaria y abatida del reino de Granada, no había que abrigar la esperanza de llegar jamás á ella.

Ascendido que hubo al solio de los Beni Nazar por destronamiento de su padre, el sultan Sidí Saád, sucedió que, rotas las tre-

guas con Castilla, un escuadrón de almogavares moros hizo con fortuna una rápida algarada por tierras de Aguilar, regresando á Granada con abundante y rico botín de cautivos y ganados.

Llegados los algareros á la plaza del Jamís, lugar donde se hacía el reparto de la galima, adjudicó el *alguaquil* á la parte del quinto, correspondiente al sultán, una niña como de hasta once años de edad, de tan rara y peregrina hermosura, que se llevaba tras sí todos los corazones. Al presentársela á Abulhasan, hubo de ver asombrado tan notable semejanza de ella con la princesa de Tartaria, que no le pareció sino perfecto y acabadísimo trasunto. Para extremar su ilusión, púsole en el acto el nombre de Zoraida, y resuelto á guardarla para sí, encargó á Abuljatar, mayoral de los eunucos de su alcázar, que, bajo la custodia de esclavas blancas de rescate, la aposentase en la espléndida torre de la Cautiva, donde diariamente solía visitarla.

No era aun transcurrido el año, cuando ordenó Abulhasan que fuese conducida al harén, y como á la sultana Aija, hija de Mohammed

Aláisar, su tío, se la comiesen los celos por la desenfrenada pasión que su marido mostraba á la romia, que así le decían á Zoraida sus otras concubinas, llevó despechado al extremo su locura de repudiar á su mujer legítima y colocar en su puesto á la cautiva cristiana.

Pues con todo esto, y hallarse ya muy entrado en años, época de la vida en que se desgastan y adormecen las pasiones, ni se le iba de la memoria la princesa tártara ni sus aventuras en la corte del rey D. Juan. Acaeció venir por entonces á la de Granada el muy honrado, valeroso é ilustre caballero D. Diego Fernández de Córdoba, Mariscal de Castilla, en demanda de que Muley Abulhasan le diese licencia para combatirse de poder á poder en campo abierto con el no menos famoso, esforzado y bizarro D. Alonso de Aguilar, á quien había provocado á singular desafío. Otorgóselo el sultan de buen talante; pero como no pareciese el retado de sol á sol en el día, hora y lugar señalado, que lo fué el campo de la Asabica de la Alhambra, hizo el retador pintar unas tablas con el fin de mandarlas á todas las ciudades y lugares princi-

pales del reino de Castilla para hacer pública su deshonra, en las cuales se hizo esfigiar á caballo y pendiente del codón del animal á su enemigo D. Alonso.

Mostradas que fueron estas tablas al rey, quedó tan maravillado de la propiedad del remedo, que con vivísimo interés preguntó por el ejecutor, y como le respondiese el Mariscal que lo había sido un viejo italiano que paraba con sus amigos Tomasín Spíndola y Benito Fortuny en la Alhóndiga de los Genoveses, lo mandó al punto llamar, y haciéndole menuda relación de sus aventuras en la corte de Castilla, le encargó que, sin levantar mano, representara lo más fielmente posible los principales pasos de aquellos sucesos romancescos, dando la preferencia á los acaecidos en el Bosque de los Mengues, y juntamente que le sacase un traslado en un solo paño de pintura de los retratos de los sultanes, sus predecesores, desde Mohamed V, Alganí Billah, hasta él inclusive, cuyos retratos se conservaban en sus reales alcázares, procurando acomodar su obra á las dimensiones y trazas de las alhanías que, con el fin

de pasar en ellas las siestas del estío, acababan de labrarle sus alarifes en la banda oriental del Cuarto de los Leones.

Ofreció el pintor á su Alteza hacerlo, como se lo pedía, y poniendo luego sin dilación manos á la obra, dejóla en breve plazo terminada con tal arte y primor en la ejecución y tan nimia escrupulosidad, que hasta reprodujo, por el acaso de conservar entre sus cartones imágenes y retratos de aquel tiempo, la vestimenta en uso de los caballeros y damas de la corte de Castilla en la época en que pasaron los sucesos referidos.

Aun hoy día se ven estas pinturas en las bóvedas de las susodichas alcobas de la Sala de los Retratos de los Reyes, situada en el Cuarto de los Leones de la Casa Real de la Alhambra.



NOTAS.

(1) *Aljozá* es la voz arábica *gozzá*, precedida del artículo *al*, que vale «jefe de una expedición, generalísimo». Dábase este nombre al príncipe que mandaba á los voluntarios africanos que venían á servir á los reyes Nazaritas de Granada. Ordinariamente este príncipe pertenecía á la familia real de los Beni-Merín, emperadores de Marruecos.

(2) Según se lee en la *Íhita* de Aben Aljatib, esta mezquita, situada en la parte más alta de la Asabica, nombre que en tiempo de moros llevaba el campo que se extiende desde la Puerta de las Granadas á la Huerta del Generalife y Campo de los Mártires, era el mausoleo de los reyes Nazaritas.

(3) *Rauda*. Esta voz arábica, cuya acepción ordinaria es la de jardín cubierto de una rica vegetación, de flores etc., se usaba entre los moros de Granada para denotar el cementerio real, el jardín ó vergel en que se hallaban los grandes túmulos de los sultanes. El mismo nombre de *Rauda* lleva el sepulcro de Mahoma, existente en Medina.

(4) Dióse este nombre al antiguo palacio situado en el arrabal del *Neched*, que comprendía la cuesta y calle de los Molinos, el Campo del Príncipe, el de los Mártires y la Antequeruela.

(5) *Almoharriques*. Eran estos entre los moros de Granada, como los porteros de maza de los reyes de Castilla. Es la voz árabe *moharric*.

(6) *Mechlis el-Háss*. Era el nombre que en tiempo de los reyes Nazaritas llevaba el gran salón de Comares, destinado á las recepciones oficiales de la nobleza granadina y de los embajadores. En él, según se lee en la *Tecmila* de Aben Aljatib, recibió el sultan Mahommad V al célebre historiador Aben Jaldún. Era el departamento del alcázar destinado al uso y estancia de los reyes, *mechlis cáud el-háss*, como le llama Aben Aljatib.

(7) *Borch el-Adhim*, ó la gran torre, denominación que se da en la *Íhata* de Aben Aljatib á la torre de la Alcazaba de la Alhambra, conocida hoy por Torre de la Vela.

(8) *Al-aáçar*. Llámase así por los musulmanes á la oración que tiene lugar en sus mezquitas en aquella parte del día en que el sol camina visiblemente á su ocaso.

(9) *Allah-akbar*, «Dios es muy grande». Son las primeras palabras del llamamiento que hacen los almuédanos desde las torres de las mezquitas á los fieles musulmanes para que acudan á la oración.

(10) *Asabica* ó más propiamente *Handác Asabica*, «foso, barranco, valle de la Asabica» era el nombre de la colina en que están situadas las fortalezas de la Alhambra y *Alhisán* ó ciudadela, y de las vertientes de las mismas. Sobre la extensión de la Asabica, veáse la nota 2.^a

(11) *Algodor*. «Los pozos ó cisternas», nombre que, según se lee en la Crónica anónima sobre los últimos tiempos de la dinastía de los Nazaritas, llevaba la puerta situada sobre el cubo de los *Siete Suelos*. Llamóse así por dar á los silos que había desde tiempos remotos en la Asabica y en el Ahabul del Neched (hoy Campo de los Mártires), empleados después para mazmorras de los cautivos cristianos.

(12) *Aben Samáa*. Así se llamaba una de las puertas del gran patio de entrada al alcázar de la Alhambra, situada en su parte Occidental. Tomó este nombre del que tenía el portero adscrito á la guarda de la misma. El texto arábigo, que lo declara, nos fué comunicado por el orientalista D. Emilio Lafuente Alcántara.

(13) *Daralabiad*, «la Casa blanca». Es el nombre que en tiempo de moros llevaba el pago, conocido hoy por el Arabial. V. el *Libro de Habices* de las mezquitas de Granada, Ms. del Archivo de la Santa Iglesia Catedral.

(14) *Quitáb el Ghaya*. Llámase así, ó más propiamente *Ghaña tel Hakim*, el libro escrito por Abul-Casem Maslema, hijo de Ahmed el-Machrití (el Madrileño), maestro celeberrimo entre los árabes españoles por sus vastos conocimientos en las matemáticas y en las operaciones mágicas. En esta obra recopiló su autor cuanto sobre aquel arte habían escrito sus predecesores. Floreció este famoso escritor, natural de Córdoba, en los tiempos del califa Alhacam el-Mostansir *bi-llah*. V. Aben Jaldún, Prolegómenos, III, p. 172 de la traducción de Slane.

(15) *Sirr-el-Maktum*, «el secreto oculto», nombre dado por el Imam Fahr ed-Din ben el-Jatib á la obra que compuso sobre los amuletos. V. Aben Jaldún, Prol., III, p. 181.

(16) *Alajiba* «la maravillosa», epíteto dado por Aben Aljatib á la gran Madraza ó universidad árabe granadina, situada en la antigua Casa Consistorial, cuya fachada cae á la Placeta de la Capilla Real.

(17) *Alfareque*, que registran nuestros cronistas bajo la forma *Alfaneque*, es el nombre que se daba á la gran tienda de campaña de los príncipes árabes.

(18) En el *Viaje del noble Boemio Leon de Rosmítal de Blatna por España y Portugal*, hecho el año de 1465 á 1467, al hablar de los habitantes de Olmedo se lee: que eran peores que los mismos paganos y que hacían una vida tan impura y sodomítica que le daba pena y vergüenza contar sus maldades. V. Fabié, *Libros de Antaño*, VIII, Viajes por España, p. 71.

(19) *Mowaxaha*. Esta suerte de oda, inventada por Mocaddem ben Moafa en-Neiriyé, en cuyo cultivo sobresalió Eibada, poeta cortesano del rey Almotasin de Almería, tenía por objeto celebrar los encantos y hermosura de la mujer amada. Dióse á esta casida el nombre *mowaxaha* «adornado de un cinturón bordado», de *wixah*, cinturón que llevaban las mujeres, exornado de dos hileras de perlas y piedras preciosas colocadas alternativamente. V. Aben Jaldún, Prol. III, p. 422, nota 3.

(20) *Janceriya*, lit. «*Porcinarium*». Es el nombre dado por los Baachin (despanzurradores), gentecilla ruín

del África musulmana, dedicada al cultivo de la magia, á cierto libro escrito por su maestro El-Baach, en el que se explican los procedimientos más eficaces para matar por arte diabólico al ganado. V. Aben Jaldún obra citada, p. 181.

(21) *Bismil-lahi*. Según se lee en el Coran, los Árabes idolatras al perseguir las piezas de caza invocaban á sus divinidades. Mahoma mandó á los musulmanes que invocasen el nombre de Allah y dijesen *Bismil-lahi* «en el nombre de Dios».

(22.) *Zuleika*, ó con más propiedad *Zalija*, era, según el Coran, el nombre de la mujer de Putifar. Su historia y la de José, el Adonís del Oriente, es muy celebrada en un poema persa, escrito por Abderrahmán Yami. V. Hughes, *Dictionary of Islam*.

Vocablos de origen arábigo usados en esta obra que no se encuentran ni en la última edición del Diccionario de la Academia Española ni en mi Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental.

- ALDRAN, del art. árabe *al* y de *dán* «pastor», intercalada una *r* eufónica. Cf. Rabadán.
- ALGUAQUIL, del árabe *gual*, «procurador», precedido del artículo *al*.
- ALIARA, que la Academia trae en su Diccionario sin etimología en significación de *cuerna*, viene del árabe *yara* «fistula», precedida del artículo *al*.

- ALMAGANA,** del ar. *machána*, «relój»:
ALMAYAR, del ár. *maiýár*, arriero, cosario, conductor.
ALMIJARA, lo mismo que **ALMIJAR**, solana en que se secan los higos.
- BEQUE.** Dábase este nombre en Granada á un hoyo ó agujero que hubo en lo alto de la Cuesta de santa Catalina, á donde el vecindario arrojaba toda suerte de inmundicias. Entre la gente vulgar es vocablo sinónimo de letrina. Acaso venga esta voz de la arábica *wequia*, hoyo, cavidad abierta en una llanura ó una montaña, donde se junta el agua llovediza.
- BERGAMOTA.** Es voz derivada de las turcas *beg-armudi*, nombre que dan en aquella tierra á la pera del Jorasán. De la palabra turca se derivan la italiana *bergamotto*, y la francesa *bergamote*.
- BRAHMACHARÍ.** Vocablo sanscrito que vale estudiante ó escolar religioso.
- ELCHE,** cuyo valor ordinario en árabe es el de renegado cristiano y de bárbaro que no profesa el mahometismo, es la dición turca *ilchi* «embajador», como llamaban los habitantes de Samarcanda á los embajadores del rey D. Enrique III, según se lee en Ruy González de Clavijo. Usáse en esta obra en ambos sentidos.
- FARFÁN,** del árabe **FARJÁN**. Esta voz y con esta forma se encuentra en el *Cartás*, como

denominación de los caballeros cristianos que se hallaban al servicio de los emperadores de Marruecos.

FILILÍ,

lo mismo que heril ó convulsión y de la propia procedencia etimológica.

GRIPO,

que se registra en los *viajes* de Ruy González de Clavijo, es lo mismo que *gurapa*, voz usada por Cervantes en el *Quijote*. Viene del árabe *goráb* que significa «galera». Esta suerte de naves con uno y otro nombre estuvo muy en uso en la edad media.

HARRUQUERO,

que vale arriero, es el vocablo arábigo *harrac*, que significa lo mismo. Este nombre, conservado en algunas localidades de Andalucía, se usa en el imperio de Marruecos para denotar los conductores del equipaje del sultan. Bajo la forma *arroquea*, se encuentra esta misma voz en las Leyes de Partida.

JERQUERÍA,

del ár. *xircaír*, «solar descubierto, tugurio». Esta voz denotaba en lo antiguo el lugar donde se mataban las reses.

LUMIA,

probablemente del ár. *laguia*, meretriz.

RICOMAS,

lo mismo que recamo, del árabe *racán* bordar.

RAMBLÍ.

Decíase así á cierta suerte de seda basta de que se fabricaban tejidos que, por ser desecados al aire libre en unos aparatos llamados *rambla*, acasó por el lugar en que

estaban colocados, se les dió dicho nombre.
del sanscrito *yoqui*, asceta.
Yogui,
ZALAMELÉ, del ár. *salám aleik*, la paz sea contigo,
fórmula de saludo entre los musulmanes.
ZAMBEL, lo mismo que *zambra* y de la propia pro-
cedencia arábica.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
~~CONSEJERÍA DE CULTURA~~

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.	III
PRÓLOGO.	V
CAPÍTULO I. Cómo el sultán Sidi Saád perdió el trono de Granada.	1
CAP. II. Razonamiento del sultan Sidi Saád á su hijo el príncipe Abulhasan, yendo camino de Archidona.	10
CAP. III. De cómo el sultán Sidi Saád acordó mandar en embajada á la corte de Castilla al príncipe Muley Abulhasan y de los avisos y consejos que le dió.	13
CAP. IV. De las nóminas y amuletos que dieron á Abulhasan sus tías, las princesas Fátima, Aja é Iznamacot, al despedirse de ellas.	25
CAP. V. En que se dá cuenta del recibimiento que hizo el rey Don Juan II al príncipe Abulhasan, del discurso que éste le tuvo, y de lo que S. A. le respondió	31
CAP. VI. De cómo llegaron nuevas á la corte del arribo á Sevilla de la princesa Zoraida, hija del gran emperador de Tartaria, de su salida para Arévalo y de los aprestos que acordó el rey D. Juan para su recibimiento	42



Repositorio digital de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

		Saád y el Farfán Aceja, con lo demás que verá el curioso lector. . .	145
CAP.	XVII.	Del memorial que presentaron al rey D. Juan, el Farfán Aceja y once fijosdalgo, sus parcioneros, para celebrar torneo en arneses de guerra con otros tantos caballeros, castellanos, Abencerrajes ó tártaros. .	155
CAP.	XVIII.	En que se dá sumaria noticia del saber satánico de Thermaxerin, de sus celos y de su plática nocturna con Cholpamalaga	165
CAP.	XIX.	De la piedad y caridad de Zoraida; del anhelo de la Reina D. ^a María y de su corte por su conversión y de las desconfianzas de Fr. Lope Barrientos.	173
CAP.	XX.	Del torneo que tuvo lugar en la villa de Arévalo entre moros y cristianos.	185
CAP.	XXI.	De la plática que tuvo al Farfán su escudero Juan Fortún	212
CAP.	XXII.	De cómo y por qué resolvió el rey D. Juan dar una batida en el Bosque de los Mengues	217
CAP.	XXIII.	En donde se describen el Alcázar del Gallo y el Bosque de los Mengues y se dá cuenta de lo acaecido en el primer día de caza	222
CAP.	XXIV.	Del encuentro del Farfán y Zoraida con algo de lo acaecido en el segundo día de caza	236
CAP.	XXV.	De cómo el Farfán dió muerte á uno de los leones de Zoraida	243
CAP.	XXVI.	De la plática que pasó entre Thermaxerin y Belfegor.	252



JUNTA DE ANDALUCÍA

CONSEJERÍA DE CULTURA y Generalife

CAP. XXVII.	De lo que pasó á los reyes de Castilla y á su comitiva en la Majada del Puerco.	266
CAP. XXVIII.	Del encantamiento de Zoraida y del príncipe Abulhasan	274
CAP. XXIX.	Del duelo de la corte al regresar el Infante sin Zoraida y de cómo el rey D. Juan mandó caballeros en su busca.	283
CAP. XXX.	De cómo viendo el rey que los exploradores no habian dado con Zoraida, ordenó que se registrase jara por jara el Bosque de los Mengues.	286
CAP. XXXI.	De cómo el Farfán salió en busca de Zoraida.	296
CAP. XXXII.	De la peregrina aventura por que vino á saber el Farfán el paradero de la princesa tártara	302
CAP. XXXIII.	De cómo el Farfán dió muerte á Thermanerin.	310
CAP. XXXIV.	Del reto que hizo el príncipe Abulhasan al caballero Aceja.	321
CAP. XXXV.	Del duelo del Farfán y del hijo del rey Saád	328
CAP. XXXVI.	Del trágico fin que tuvo Chalpamallaga.	340
CAP. XXXVII.	De cómo el hijo del rey Saád tomó la vuelta de los estados de su padre y la corte de Castilla salió para Burgos	344
CAP. XXXVIII.	Del muy gentil esposo que eligió al fin la princesa Zoraida.	347
EPÍLOGO.	356
NOTAS	375



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. de la Universidad de Almería y Generalife

FE DE ERRATAS.

~~~~~

| <u>PÁGINA.</u> | <u>LÍNEA.</u> | <u>DICE.</u> | <u>LÉASE.</u> |
|----------------|---------------|--------------|---------------|
| 207            | 5             | pensamientos | pensamiento   |
| 208            | 25            | Oyése        | Oyóse         |
| 256            | 6             | os pareceis  | se parecen    |
| 335            | 8'            | contestados  | contestado.   |



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

Este Libro se acabó de imprimir en  
Granada, en casa de la Viuda é  
Hijos de Paulino V.<sup>a</sup> Sabatel  
el día 19 de Mayo del  
año MDCCCXCII.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJO DE CULTURA

